

Esto lo dijo con aplomo filosófico, el sombrero inclinado sobre la sien derecha como distintivo de sus ideas acerca de la depravación humana. Ya no había mujeres honradas: lo decía un conocedor profundo de la sociedad y del vicio. El escepticismo de Olmedo era signo de infancia, un desorden de transición fisiológica, algo como una segunda dentición. Todo se reduce á echar muchas babas, y luego ya viene el hombre con otras ideas y otra manera de ser.

—¡Conque no es honrada!...—apuntó Maximiliano, que habría deseado que todas las hembras lo fueran.

—¿Qué ha de ser, hombre?... ¡Buena púa está! Llegó á Madrid no hace mucho tiempo con un barbián... creo que tratante en fusiles. ¡Traían un tren, chico!... La vi una noche... Te juro que daba el puro opio. Parecía del propio París... Pero yo no sé lo que pasó, ¡narices! Aquel señor no jugaba limpio, y una mañana se largó dejando un pico muy grande en la casa de huéspedes, y otro pico no sé dónde, y picos y picos... Total, que la pobre tuvo que empeñar todos sus trapos y se quedó con lo puesto, nada más que con lo puesto, cuando lo tiene puesto, se entiende. Feliciano se la encontró no sé dónde hecha un mar de lágrimas, y le dijo: «vente á mi casa». ¡Allí está! Hace sus saliditas, ojo al Cristo, para lo cual Feliciano le presta su ropa.

No te creas: es una chica muy buena. ¡Tiene un ángel!...

Por la noche fué Maximiliano al *hotel* de Feliciano, tercer piso en la calle de Pelayo, y al entrar, lo primero que vió... Es que junto á la puerta de entrada había un cuartito pequeño, que era donde moraba la huésped, y ésta salía de su escondrijo cuando Rubín entraba. Feliciano había salido á abrir con el quinqué en la mano, porque lo llevaba para la sala, y á la luz vivísima del petróleo sin pantalla, encaró Maximiliano con la más extraordinaria hermosura que hasta entonces habían visto sus ojos. Ella le miró á él como á una cosa rara, y él á ella como á sobrenatural aparición.

Pasó Rubín á la salita, y dejando su capa se sentó en un sillón de hule, cuyos muelles asesinaban la parte del cuerpo que sobre ellos caía. Olmedo quería que su amigo jugase con él á la siete y media; pero como Maximiliano se negase á ello, empezó á hacer solitarios. Puso Feliciano sobre la luz una pantalla de figurines vestidos con pegotes de trapo, y después se echó con indolencia en la butaca, abrigándose con su mantón alfombrado.

—Fortunata—gritó llamando á su amiga, que daba vueltas por toda la casa como si buscara alguna cosa.—¿Qué se te ha perdido?

—Chica, mi toquilla azul.

—¿Vas á salir ya?

—Sí. ¿Qué hora es?

Rubín se alegró de aquella ocasión que se le presentaba de prestar un servicio á mujer tan hermosa, y sacando su reloj con mucha solemnidad, dijo: «Las nueve menos siete minutos... y medio.» No podía decirse la hora con exactitud más escrupulosa.

—Ya ves—dijo Feliciano,—tienes tiempo... Hasta las diez. Conque salgas de aquí á las diez menos cuarto... ¿Pero esa toquilla?... Mírala, mírala en esa silla junto á la cómoda.

—¡Ay, hija!... Si llega á ser perro me muerde.

Se la puso, envolviéndose la cabeza, echando miradas á un espejo de marco negro que sobre la cómoda estaba, y después se sentó en una silla á hacer tiempo. Entonces Maximiliano la miró mejor. No se hartaba de mirarla, y una obstrucción singular se le fijó en el pecho, cortándole la respiración. ¿Y qué decir? Porque había que decir algo. El pobre joven se sentía delante de aquella hermosura más cortado que en la visita de más campanillas.

—Bien puedes abrigarte—indicó Feliciano á su amiga; y Rubín vió el cielo abierto, porque pudo decir en tono de sentencia filosófica:

—Sí, está la noche fresquecita.

—Llévate el llavín...—añadió Feliciano.—Ya sabes que el sereno se llama Paco. Suele estar en la taberna.

La otra no desplegabá sus labios. Parecía que

estaba de muy mal humor. Maximiliano contemplaba como un bobo aquellos ojos, aquel entrecejo incomparable y aquella nariz perfecta, y habría dado algo de mucho precio porque ella se hubiese dignado mirarle de otra manera que como se mira á los bichos raros. «¡Qué lástima que no sea honrada!—pensaba.—Y quién sabe si lo será; quiero decir, que conserve la honradez del alma en medio de...»

Estaba muy fija en él la idea aquella de las dos honradeces, en algunos casos armonizadas, en otros no. Habló Fortunata poco y vulgar, todo lo que dijo fué de lo menos digno de pasar á la historia: que hacía mucho frío, que se le había descosido un mitón, que aquel llavín parecía la *maza de Fraga*, que al volver á casa entraría en la botica á comprar unas pastillas para la tos.

Maximiliano estaba encantado, y no atreviéndose á desplegar los labios, daba su asentimiento con una sonrisa, sin quitar los extáticos ojos de aquel semblante que le parecía angelical. Y cuanto ella dijo lo oyó como si fuera una sarta de conceptos ingeniosísimos. «¡Si es un ángel!... No ha dicho ni una palabra malsonante... ¡Y qué metal de voz! No he oído en mi vida música tan grata... ¿Cómo será el decir esta mujer un *te quiero*, diciéndolo con verdad y con alma?» Esta idea produjo en la mente de Rubín sacudidas que le duraron mediano rato. Le corrió

un frío por el espinazo y vínole cierto picor á la nariz como cuando se ha bebido gaseosa.

Cansado de hacer solitarios, Olmedo se puso á contar cuentos indecentes, lo que á Maximiliano le pareció muy mal. Otras noches había oído anécdotas parecidas y se había reído; pero aquella noche se ponía de todos colores, deseando que á su condenado amigo se le secara la boca. «¡Qué desvergüenza contar aquellas marranadas delante de personas..., de personas decentes, sí, señor!» Estaba Rubín tan desconcertado como si las dos mujeres allí presentes fuesen remilgadas damas ó alumnas de un colegio monjil; pero su timidez le impedía mandar callar á Olmedo. Fortunata no se reía tampoco de aquellos estúpidos chistes; pero más bien parecía indiferente que indignada de oírlos. Estaba distraída pensando en sus cosas. ¿Qué cosas serían aquellas? Diera Maximiliano por saberlas... su hucha con todo lo que contenía. Al acordarse de su tesoro tuvo otra sacudida, y se removió en el asiento, lastimándose mucho con el duro contacto de aquellos mal llamados muelles.

—Pero el cuento más salado, ¡narices!—dijo Olmedo,—es el del panadero. ¿Lo sabes tú? Cuando aquel obispo fué á la visita pastoral y se acostó en la cama del cura... Veréis...

Fortunata se levantó para marcharse. Ocurrióle á Maximiliano salir detrás de ella para ver adónde iba. Era la manera especial suya de

hacer la corte. En su espíritu soñador existía la vaga creencia de que aquellos seguimientos entrañaban una comunicación misteriosa, quizás magnética. Seguir, mirando de lejos, era un lenguaje ó telegrafía *sui generis*, y la persona seguida, aunque no volviese la vista atrás, debía de conocer en sí los efectos del flúido de atracción. Salió Fortunata, despidiéndose muy fríamente, y á los dos minutos se despidió también Maximiliano con ánimo de alcanzarla todavía en el portal. Pero aquel condenado *Ulmus sylvestris* le entretuvo á la fuerza, cogiéndole una mano y apretándosela con bárbaros alardes de vigor muscular, para reírse con los chillidos de dolor que daba el pobre *Rubinius vulgaris*. —¡Qué asno eres!—exclamaba éste, retirando al fin su mano magullada, con los dedos pegados unos á otros.—¡Vaya unas gracias!... Esto y contar porquerías es tu fuerte. Mejor te pusieras á estudiar.

—Niño del mérito, papos-castos, ¿quieres hacer el favor de tocarme las narices?

—No te hagas ordinario—dijo Rubín con bondad.—Si no lo eres, si aunque quieras parecerlo no lo puedes conseguir.

Esto lastimó el amor propio de Olmedo más que si su amigo le hubiera llenado de insultos, porque todo lo llevaba con paciencia menos que se le rebajase un pelo de la graduación de perdis que se había dado. Le supo tan mal la indulgen-

cia de Rubin, que salió tras él hasta la puerta diciéndole, entre otras tonterías: «¡Valiente hipócrita estás tú... narices! Estos silfidones, á lo mejor la pegan.»

## IV

Maximiliano bajó la escalera como la baja uno cuando tiene ocho años y se le ha caído el juguete de la ventana al patio. Llegó sin aliento al portal, y allí dudó si debía tomar á la derecha ó á la izquierda de la calle. El corazón le dijo que fuera hacia la calle de San Marcos. Apretó el paso pensando que Fortunata no debía de andar muy á prisa y que la alcanzaria pronto. «¿Será aquella?» Creyó ver la toquilla azul; pero al acercarse notó que no era la nube de su cielo. Cuando veía una mujer *que pudiera ser ella*, acertaba el paso por no aproximarse demasiado, pues acercándose mucho no eran tan misteriosos los encantos del seguimiento. Anduvo calles y más calles, retrocedió, dió vueltas á esta y á la otra manzana, y la *dama nocturna* no parecía. Mayor desconsuelo no sintió en su vida. Si la encontrara era capaz hasta de hablarle y decirle algún amoroso atrevimiento. Se agitó tanto en aquel paseo vagabundo, que á las once ya no se podía tener en pie, y se arribaba á las paredes para descansar un rato. Irse á su casa sin encontrarla y darse un buen trote

con ella... á distancia de treinta pasos, dábale mucha tristeza. Pero al fin se hizo tan tarde y estaba tan fatigado, que no tuvo más remedio que coger el tranvía de Chamberí y retirarse. Llegó y se acostó, deseando apagar la luz para pensar sobre la almohada. Su espíritu estaba abatidísimo. Asaltáronle pensamientos tristes, y sintió ganas de llorar. Apenas durmió aquella noche, y por la mañana hizo propósito de ir al *hotel* de Feliciano en cuanto saliera de clase.

Hízolo como lo pensó, y aquel día pudo vencer un poco su timidez. Feliciano le ayudaba, estimulándole con maña, y así logró Rubin decir á la otra algunas cosas, que por disimulo de sus sentimientos quiso que fueran maliciosas. «Tardecillo vino usted anoche. A las once no había vuelto usted todavía.» Y por este estilo otras frases vulgares, que Fortunata oía con indiferencia y que contestaba de un modo desdenoso. Maximiliano reservaba las purezas de su alma para ocasión más oportuna, y con feliz instinto había determinado iniciarse como uno de tantos, como un cualquiera que no quería más que divertirse un rato. Dejóles solos la tunanta de Feliciano, y Rubin se acobardó al principio; pero de repente se rehizo. No era ya el mismo hombre. La fe que llenaba su alma, aquella pasión nacida en la inocencia y que se desarrolló en una noche como árbol milagroso que surge de la tierra cargado de fruto, le remo-

vía y le transfiguraba. Hasta la maldita timidez quedaba reducida á un fenómeno puramente externo. Miró sin pestañear á Fortunata, y cogiéndole una mano, le dijo con voz temblorosa: «Si usted me quiere querer, yo... la querré más que á mi vida.»

Fortunata le miró también á él, sorprendida. Le parecía imposible que el *bicho raro* se expresase así... Vió en sus ojos una lealtad y una honradez que la dejaron pasmada. Después reflexionó un instante, tratando de apoyarse en un juicio pesimista. Se habían burlado tanto de ella, que lo que estaba viendo no podía ser sino una nueva burla. Aquel era, sin duda, más pillo y más embusteró que los demás. Consecuencia de tales ideas fué la sonora carcajada que soltó la mujer aquella ante la faz compungida de un hombre que era todo espíritu. Pero él no se desconcertó, y la circunstancia de verse escuchado con atención dábale un valor desconocido. ¡Animo! «Si usted me quiere, yo la adoraré, yo la idolatraré á usted...»

Revelaba la tal mujer un gran escepticismo, y lo que hacía la muy pícara era tomar á risa la pasión del joven.

—¿Y si lo probara?—dijo Maximiliano con seriedad, que le dió, ¡parece mentira!, un tornasol de hermosura;—¿si le probara á usted de un modo que no dejase lugar á dudas?...

—¿Qué?

—¡Que la idolatraré!... No, que ya la estoy idolatrando.

—¡Tíe gracia!... ¡Idolatrando! ¡ja, ja!—repitió la otra, y devolvía la palabra como se devuelve una pelota en el juego.

Maximiliano no insistió en emplear vocablos muy expresivos. Comprendió que lo ridiculo se le venía encima. No dijo más que: «Bueno, seremos amigos... Me contento con eso por hoy. Yo soy un infeliz, quiero decir, soy bueno. Hasta ahora no he querido á ninguna mujer.»

Fortunata le miraba y, francamente, no podía acostumbrarse á aquella nariz chafada, á aquella boca tan sin gracia, al endeble cuerpo que parecía se iba á deshacer de un soplo. ¡Que siempre se enamoraran de ella tipos así! Obligada á disimular y á hacer ciertos papeles, aunque en verdad no los hacía muy bien, siguió la conversación en aquel terreno.

—Esta noche quiero hablar con usted—dijo Rubín categóricamente.—Vendré á las ocho y media. ¿Me da usted palabra de no salir... ó de esperarme para salir conmigo?

Dióle ella la palabra que con tanta necesidad le pedía el joven, y así concluyó la entrevista. Rubín se fué corriendo á su casa.

¡Qué chico! Si parecía otro. Él mismo notaba que algo se había abierto dentro de sí, como arca sellada que se rompe, soltando un mundo de cosas, antes comprimidas y ahogadas. Era la

crisis, que en otros es larga ó poco acentuada, y allí fué violenta y explosiva. ¡Si hasta se figuraba que era saludable!... ¡Si hasta le parecía que tenía talento!... Como que aquella tarde se le ocurrieron pensamientos magníficos y juicios de una originalidad sorprendente. Había formado de sí mismo un concepto poco favorable como hombre de inteligencia; pero ya, por efecto del súbito amor, creíase capaz de dar quince y raya á más de cuatro. La modestia cedió el puesto á un cierto orgullo que tomaba posesión de su alma... «Pero ¿y si no me quiere?—pensaba desanimándose y cayendo á tierra con las alas rotas.—Es que me tendrá que querer... No es el primer caso... Cuando me conozca...»

Al mismo tiempo la apatía y la pereza quedaban vencidas... Andábanle por dentro comezones y pruritos nuevos, un deseo de hacer algo y de probar su voluntad en actos grandes y difíciles... Iba por la calle sin ver á nadie, tropezando con los transeuntes, y á poco se estrelló contra un árbol del paseo de Luchana. Al entrar en la calle de Raimundo Lulio vió á su tía en el balcón tomando el sol. Verla y sentir un miedo muy grande, pero muy grande, fué todo uno. «¡Si mi tía lo sabe...!» Pero del miedo salió al instante la reacción de valor, y apretó los puños debajo de la capa, los apretó tanto que le dolieron los dedos. «Si mi tía se opone, que se oponga y que se vaya á los demonios.»

Nunca, ni aun con el pensamiento, había hablado Maximiliano de doña Lupe con tan poco respeto. Pero los antiguos moldes estaban rotos. Todo el mundo y toda la existencia anteriores á aquel estado novísimo se hundían ó se disipaban como las tinieblas al salir el sol. Ya no había tía, ni hermanos, ni familia, ni nada, y quienquiera que se le atravesase en su camino era declarado enemigo. Maximiliano tuvo tal acceso de coraje, que hasta se ofreció á su mente con caracteres odiosos la imagen de doña Lupe, de su segunda madre. Al subir las escaleras de la casa se serenó, pensando que su tía no sabía nada, y si lo sabía, que lo supiera, ¡eal... «¡Qué carácter estoy echando!», se dijo al meterse en su cuarto.

Cerró cuidadosamente la puerta y cogió la hucha. Su primer impulso fué estrellarla contra el suelo y romperla para sacar el dinero; y ya la tenía en la mano para consumir tan antieconómico propósito, cuando le asaltaron temores de que su tía oyera el ruido y entrase y le armara un cisco. Acordóse de lo orgullosa que estaba doña Lupe de la hucha de su sobrino. Cuando iban visitas á la casa la enseñaba como una cosa rara, sonándola y dando á probar el peso, para que todos se pasmaran de lo arregladito y previsor que era el niño. «Esto se llama formalidad. Hay pocos chicos que sean así...»

Maximiliano discurrió que para realizar su

deseo, necesitaba comprar otra hucha de barro exactamente igual á aquella y llenarla de cuartos para que sonara y pesara... Se estuvo riendo á solas un rato, pensando en el chasco que le iba á dar á su tía... ¡Él, que no había cometido nunca una travesura!... Lo único que había hecho, años atrás, era robarle á su tía botones para coleccionarlos. ¡Instintos de coleccionista, que son variantes de la avaricia! Alguna vez llegó hasta cortarle los botones de los vestidos; pero con un solfeo que le dieron no le quedaron ganas de repetirlo. Fuera de esto, nada; siempre había sido la misma mansedumbre, y tan económico que su tía le amaba más quizás por la virtud del ahorro que por las otras.

«Pues, señor, manos á la obra. En la cacharrería del paseo de Santa Engracia hay huchas exactamente iguales. Compraré una; miraré bien ésta para tomarle bien las medidas.»

Estaba Maximiliano con la hucha en la mano mirándola por arriba y por abajo, como si la fuera á retratar, cuando se abrió la puerta y entró una chiquilla como de doce años, delgada y espigadita, los brazos arremangados, muy atusada de flequillo y sortijillas, con un delantal que le llegaba á los pies. Lo mismo fué verla Maximiliano, que se turbó cual si le hubieran sorprendido en un acto vergonzoso.

—¿Qué buscas tú aquí, chiquilla sin vergüenza?

Por toda contestación, la rapaza le enseñó medio palmo de lengua, plegando los ojos y haciendo unas muecas de careta fea de lo más estrafalario y grotesco que se puede imaginar.

—Sí, bonita te pones... Lárgate de aquí, ó verás...

Era la criada de la casa. Doña Lupe odiaba las mujeronas, y siempre tomaba á su servicio niñas para educarlas y amoldarlas á su gusto y costumbres. Llamábanla Papitos, no sé por qué. Era más viva que la pólvora, activa y trabajadora cuando quería, holgazana y mañosa algunos días. Tenía el cuerpo esbelto, las manos ásperas del trabajo y el agua fría, la cara diablesca, con unos ojos reventones de que sacaba mucho partido para hacer reír á la gente; la boca hocicuda y graciosa, con un juego de labios y unos dientes blanquísimos, que eran como de encargo para producir las muecas más extravagantes. Los dos dientes centrales superiores eran enormes, y se le veían siempre, porque cuando estaba de morros cerraba completamente la boca.

Oída la conminación que le hizo Maximiliano, Papitos se desvergonzó más. Ella las gastaba así. Cuanto más la amenazaban más pesadita se ponía. Volvió á echar fuera una cantidad increíble de lengua, y luego se puso á decir en voz baja: «Feo, feo...» hasta treinta ó cuarenta veces. Esta apreciación, que no era

contraria á la verdad ni mucho menos, nunca había inspirado á Rubín más que desprecio; pero en aquella ocasión le indignó tanto, vamos... que de buena gana le hubiera cortado á Papitos toda aquella lenguaza que sacaba.

—¡Si no te largas, de la patada que te doy...!

Fué tras ella; pero Papitos se puso en salvo. Parecía que volaba. Desde el fondo del pasillo, en la puerta de la cocina, repetía sus burlas, haciendo con las manos gestos de mico. Volvió él á su cuarto muy incomodado, y á poco entró ella otra vez.

—¿Qué buscas aquí?

—Vengo á por la lámpara para aviarla...

El motivo de haber dicho esto la chiquilla con relativo juicio y serenidad, fué que se oyeron los pasos de doña Lupe, y su voz temerosa:

—Mira, Papitos, que voy allá...

—Tía, venga usted... Está de jarana...

—¡Acusón!—le dijo por lo bajo la chicuela al coger la lámpara;—feón.

—La culpa la tienes tú—añadió severamente doña Lupe, en la puerta,—porque te pones á jugar con ella, le ríes las gracias, y ya ves. Cuando quieres que te respete, no puede ser. Es muy mal criada.

La tía y el sobrino hablaron un instante.

—¿También vendrás tarde esta noche? Mira que las noches están muy frías. Estas heladas son crueles. Tú no estás para valentías.

—No, si no siento nada. Nunca he estado mejor—dijo Rubín, sintiendo que la timidez le ganaba otra vez.

—No hagamos simplezas... Hace un frío horrible. ¡Qué año tan malo! ¿Crearás que anoche no pude entrar en calor hasta la madrugada? Y eso que me eché encima cuatro mantas. ¡Qué atrocidad! Como que estamos entre las *Cátedras de Roma* y *Antioquia*, que es, según decía mi Jáuregui, el peor tiempo de Madrid.

## V

—¿Va usted esta noche á casa de doña Silvia?—preguntóle Rubín.

—Eso pienso. Si tú sales me dejarás allá, y luego irás á buscarme á las once en punto.

Esto contrariaba á Maximiliano, porque le tasaba el tiempo; pero no dijo nada.

—Y esta tarde ¿sale usted?—preguntó luego deseando que su tía saliese antes de comer para verificar, mientras ella estuviese fuera, la sustitución de las huchas.

—Puede que me llegue un ratito á casa de Paca Morejón.

—Yo la acompañaré á usted... Tengo que ir á ver á Narciso para que me preste unos apuntes. La dejaré á usted en la calle de la Habana.

Doña Lupe fué á la cocina y le armó una gran



chillería á Papitos porque había dejado quemar el principio. Pero la chica estaba muy acostumbrada á todo, y se quedaba tan fresca. Como que acabadita de oirse llamar con las denominaciones más injuriosas y de recibir un pellizco que le atenazaba la carne, poníase detrás de su ama á hacer visajes y á sacar la lengua, mientras se rascaba el brazo dolorido.

—Si creerás tú que no te estoy viendo, bribona—decía doña Lupe sin volverse, entre risueña y enojada. Y no se podía pasar sin ella. Necesitaba tener una criatura á quien reprender y enseñar por los procedimientos suyos.

Púsose la mantilla doña Lupe, y tía y sobrino salieron. La primera se quedó en la calle de Arango, y el segundo se fué á comprar la hucha y tornó á su casa. Había llegado la ocasión de consumir el atentado, y el que durante la premeditación se mostraba tan valeroso, cuando se aproximaba el instante crítico sentía vivísima inquietud. Empezó por asegurarse de la curiosidad de Papitos, echando la llave á la puerta después de encender la luz; pero ¿cómo asegurarse de su propia conciencia, que se le alborotaba pintándole la falta proyectada como nefando delito? Comparó las dos huchas, observando con satisfacción que eran exactamente iguales en volumen y en el color del barro. No era posible que nadie advirtiese la sustitución. Manos á la obra. Lo primero era romper la primitiva

para coger el oro y la plata, pasando á la nueva la calderilla, con más dos pesetas en *perros* que al objeto había cambiado en la tienda de comestibles. Romper la olla sin hacer ruido era cosa imposible. Permaneció un rato sentado en una silla junto á la cama, con las dos huchas sobre ésta, acariciando suavemente la que iba á ser víctima. Su mirada vagaba alrededor de la luz, cazando una idea. La luz iluminaba la mesilla, cubierta de hule negro, sobre el cual estaban los libros de estudio, forrados con periódicos y muy bien ordenados por doña Lupe; dos ó tres frascos de sustancias medicinales, el tintero y varios números de *La Correspondencia*. La mirada del joven revoloteó por la estrecha cavidad del cuarto, como si siguiera las curvas del vuelo de una mosca, y fué de la mesa á la percha en que pendían aquellos moldes de sí mismo, su ropa, el chaqué, que reproducía su cuerpo y los pantalones, que eran sus propias piernas colgadas como para que se estiraran. Miró después la cómoda, el baúl y las botas que sobre él estaban, sus propios pies cortados, pero dispuestos á andar. Un movimiento de alegría y la animación de la cara indicaron que Maximiliano había atrapado la idea. Bien lo decía él: con aquellas cosas se había vuelto de repente hombre de talento. Levantóse, y cogiendo una bota salió y fué á la cocina donde estaba Papitos cantando.

—Chiquilla, ¿me das la mano del almirez?

Esta bota tiene un clavo tremendo, pero tremendo, que me ha dejado cojo.

Papitos cogió la mano del almirez, haciendo el ademán de machacar al señorito la cabeza.

—Vamos, niña, estate quieta. Mira que le cuento todo á la tía. Me encargó que tuviera cuidado contigo, y que si te movías de la cocina te diera dos coscorrones.

Papitos se puso á picar la escarola sin dejar de hacer visajes.

—Y yo le diré—replicó,—yo le diré lo que hace... el muy trapisondista...

Maximiliano se estremeció.

—Tonta, ¿qué es lo que yo hago?...—dijo sorteando su turbación.

—Encerrarse en su cuarto, ¡ay, olé!, ¡ay, olé!... para que nadie le vea, pero yo le he visto por el agujero de la llave... ¡ay, olé!, ¡ay, olé!...

—¿Qué?

—Escribiéndole cartas á la novia.

—Mentira... ¿yo...? Quitá allá, enredadora...

Volvió á su cuarto llevando la mano del almirez, y echada otra vez la llave, tapó el agujero con un pañuelo.

—Ella no mirará, pero por si se le ocurre...

El tiempo apremiaba y doña Lupe podía venir. Cuando cogió la hucha llena, el corazón le palpitaba y su respiración era difícil. Dábale compasión de la víctima, y para evitar su enternecimiento, que podría frustrar el acto, hizo

lo que los criminales, que se arrojan frenéticos á dar el primer golpe para perder el miedo y acallar la conciencia, impidiéndose el volver atrás. Cogió la hucha y con febril mano le atizó un porrazo. La víctima exhaló un gemido seco. Se había cascado, pero no estaba rota aún. Como este primer golpe fué dado sobre el suelo, le pareció á Maximiliano que había retumbado mucho, y entonces puso sobre la cama el cacharro herido. Su azoramiento era tal, que casi le pega á la hucha vacía en vez de hacerlo á la llena; pero se serenó, diciendo: «¡Qué tonto soy! Si esto es mío, ¿por qué no he de disponer de ello cuando me dé la gana?» Y leña, más leña... La infeliz víctima, aquel antiguo y leal amigo, modelo de honradez y fidelidad, gimíó á los fieros golpes, abriéndose al fin en tres ó cuatro pedazos. Sobre la cama se esparcieron las tripas de oro, plata y cobre. Entre la plata, que era lo que más abundaba, brillaban los centenes como las pepitas amarillas de un melón entre la pulpa blanca. Con mano trémula, el asesino lo recogió todo menos la calderilla, y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Los cascotes esparcidos semejaban pedazos de un cráneo, y el polvillo rojo del barro cocido que ensuciaba la colcha blanca parecióle al criminal manchas de sangre. Antes de pensar en borrar las huellas del estropicio, pensó en poner los cuartos en la hucha nueva, operación verificada con tanta

precipitación que las piezas se atragantaban en la boca y algunas no querían pasar. Como que la boca era un poquitín más estrecha que la de la muerta. Después metió el cobre de las dos pesetas que había cambiado.

No había tiempo que perder. Sentía pasos. ¿Subiría ya doña Lupe? No, no era ella; pero pronto vendría y era forzoso despachar. Aquellos cascotes, ¿dónde los echaría? He aquí un problema que le puso los pelos de punta al asesino. Lo mejor era envolver aquellos despojos sangrientos en un pañuelo y tirarlos en medio de la calle cuando saliera. ¿Y la sangre? Limpió la colcha como pudo, soplando el polvo. Después advirtió que su mano derecha y el puño de la camisa conservaban algunas señales, y se ocupó en borrarlas cuidadosamente. También la mano del almirez necesitó de un buen limpión. ¿Tendría algo en la ropa? Se miró bien de pies á cabeza. No había nada, absolutamente nada. Como todos los matadores en igual caso, fué escrupuloso en el examen; pero á estos desgraciados se les olvida siempre algo, y donde menos lo piensan se conserva el dato acusador que ilumina á la justicia.

Lo que desconcertó á Rubin cuando creyó concluída su faena, fué la aprensión de advertir que la hucha nueva no se parecía nada á la sacrificada. ¿Cómo antes del crimen las vió tan iguales que parecían una misma? Error de los

sentidos. También podía ser error la diferencia que después del crimen notaba. ¿Se equivocó antes ó se equivocaba después? En la enorme turbación de su ánimo no podía decidir nada. «Pero si basta tener ojos—decía—para conocer que esta hucha no es aquélla... En ésta el barro es más recocho, de color más obscuro, y tiene por aquí una mancha negra... Á la simple vista se ve que no es la misma... Dios nos asista. ¿A ver el peso?... Pues el peso me parece que es menor en ésta... No, más bien mayor, mucho mayor... ¡Fatalidad!»

Quedóse parado un largo rato mirando á la luz, y viendo en ella á doña Lupe en el acto de coger la hucha falsa y decir: «Pero esta hucha... no sé... me parece... no es la misma.» Dando un gran suspiro, envolvió rápidamente en un pañuelo los destrozados restos de la víctima, y los guardó en la cómoda hasta el momento de salir. Puso la nueva hucha en el sitio de costumbre, que era el cajón alto de la cómoda, abrió la puerta, quitando el pañuelo que tapaba el agujero de la llave, y después de llevar á la cocina el instrumento alevoso, volvió á su cuarto con idea de contar el dinero... Pero si era suyo, ¿á qué tanto miedo y zozobra? Él no había robado nada á nadie, y sin embargo, estaba como los ladrones. Más derecho era referir á su tía lo que le pasaba que no andar con tapujos. ¡Sí, pues buena se pondría doña Lupe si él le contara su aven-

tura y el empleo que daba á sus ahorros! Valía más callar, y adelante.

No pudo entretenerse en contar su tesoro, porque entró doña Lupe, dirigiéndose inmediatamente á la cocina. Maximiliano se paseaba en su cuarto esperando que le llamasen á comer, y hacía cálculos mentales sobre aquella desconocida suma que tanto le pesaba. «Mucho debe de ser, pero mucho—calculaba;—porque en tal tiempo eché un dobloncito de cuatro, y en cual tiempo otro. Y cuando tomé la medicina aquella que sabía tan mal, me dió mi tía dos duritos, y cada vez que había que tomar purga, un durito ó medio durito. Lo que es monedas de á cinco puede que pasen de quince.»

Sintió que le renacía el valor. Pero cuando le llamaron á comer, y fué al comedor y se encaró con su tía, pensó que ésta le iba á conocer en la cara lo que había hecho. Mirábale ella lo mismo que el día infausto en que le robara los botones arrancándolos de la ropa... Y al sobrinito se le alborotó la conciencia, haciéndole ver peligros donde no los había. «Me parece—cavilaba, tragando la sopa—que la colcha no ha quedado muy limpia... Caspitina, se me olvidó una cosa; pero una cosa muy importante... ver si habían caído pedacitos de barro en alguna parte. Ahora recuerdo que oí *tin*, como si un casquillo saltara en el momento del golpe y fuera á chocar disparado con el frasco de yo-

duro. En el suelo quizás... ¡y mi tía barre todos los días!... ¡Cómo me mira! ¿Si sospechará algo?... Lo que ahora me faltaba era que mi tía hubiese pasado por la tienda al volver de casa de las de Morejón, y le hubiera dicho el tendero: «Aquí estuvo su sobrino á cambiar dos pesetas en calderilla.»

El mirar escrutador de doña Lupe no tenía nada de particular. Acostumbraba ella estudiarle la cara para ver cómo andaba de salud, y el tal semblante era un libro en que la buena señora había aprendido más Medicina que Farmacia su sobrino en los textos impresos.

—Me parece que tú no andas bien...—le dijo. —Cuando entré te sentí toser... Estas heladas... Por Dios, ten mucho cuidado; no tengamos aquí otra como la del año pasado, que empalmaste cuatro catarros y por poco pierdes el curso. No olvides de liarte el pañuelo de seda en la cabeza, de noche, cuando te acuestes; y yo que tú empezaría á tomar el agua de brea... No hagas ascos. Es bueno curarse en salud. Por sí ó por no, mañana te traigo las pastillas de Tolú.

Con esto se tranquilizó el joven, comprendiendo que las miradas no eran más que la inspección médica de todos los días. Comieron y se prepararon para salir. El criminal se embozó bien en la capa y apagó la luz de su cuarto para coger los restos de la víctima y sacarlos ocultamente. Como las monedas que en el bol-

sillo del pantalón llevaba no eran paja, se denunciaban sonando una contra otra. Por evitar este ruido importuno, Maximiliano se metió un pañuelo en aquel bolsillo, atarugándolo bien para que las piezas de plata y oro no chistasen; y así fué en efecto, pues en todo el trayecto desde Chamberí hasta la casa de Torquemada, el oído de doña Lupe, que siempre se afinaba con el rumor de dinero como el oído de los gatos con los pasos de ratón, y hasta parecía que entiesaba las orejas, no percibió nada, absolutamente nada. El sobrinito, cuando creía que las monedas se movían, atarugaba el bolsillo como quien ataca un arma. ¡Creeríase que le había salido un tumor en la pierna!...

## II

Afanos y contratiempos  
de un redentor.

## I

Grande fué el asombro de Fortunata aquella noche cuando vió que Maximiliano sacaba puñados de monedas diferentes y contaba con rapidez la suma apartando el oro de la plata. A la sorpresa un tanto alegre de la joven, siguió pronto sospecha de que su improvisado amigo hubiese adquirido aquel caudal por medios no muy limpios. Creyó ver en él un hijo de familia que, arrastrado de la pasión y cegado por la tontería, se había incautado de la caja paterna. Esta idea la mortificó mucho, haciéndole ver la cruel insistencia con que su destino la maltrataba. Desde que fué lanzada á los azares de aquella vida, se había visto siempre unida á hombres groseros, perversos ó tramposos, *lo peor de cada casa.*

No dejó entrever á Maximiliano sus sospechas sobre la procedencia del dinero, que, viniere de donde viniese, no podía ser mal recibido, y poco á poco se fué tranquilizando al ver que el apreciable muchacho hacia alarde de po-